

PREFACIO

Louise De Raeymaeker

Cornelio Fabro, de la congregación de los Padri Stimatini, publicó, en 1939, *La nozione metafisica di partecipazione secondo S. Tommaso*, obra de una considerable importancia, que de entrada le aseguró un lugar selecto en el mundo de la filosofía. Desde ese momento, dio muestras de una intensísima actividad, publicando numerosas contribuciones en el ámbito de la Metafísica, la Psicología, la Historia de la Filosofía, especialmente estudios sobre Hegel, Marx, Kierkegaard.

Fabro estaba provisto de una buena formación científica, puesto que anteriormente había dado sus primeros pasos con investigaciones en el ámbito de la Biología. De ellas le quedó, sin duda, el gusto por los datos, así como el aprecio por las situaciones claras. Si se trata de historia, deja a un lado los intermediarios para ir a las fuentes, y se empeña en leer a los autores en su lengua. Cuando resolvió indagar sobre el pensamiento kierkegaardiano, comenzó aprendiendo el danés, y él mismo publicó la traducción italiana de los principales pasajes del *Diario* de Kierkegaard.

Continuando sus investigaciones en diferentes sectores de la Filosofía y de la Historia, Fabro no se dejó desviar de la tarea principal que se había propuesto, la de revelar el sentido auténtico de la metafísica de Santo Tomás. El volumen sobre la *Partecipazione*, aparecido en 1939 y reeditado en 1950, sólo constituía una primera parte. Para escribir la siguiente, el autor se tomó su tiempo; quiso, en primer lugar, ampliar sus horizontes y dejar madurar su pensamiento.

Es para nosotros un honor y una alegría haber podido invitarlo al Instituto Superior de Filosofía de la Universidad de Lovaina, en 1954, para ocupar la “Cátedra Cardenal Mercier”, y, de esa manera, haberle dado la ocasión de poner a punto las conclusiones de sus pacientes investigaciones. El resultado de ello es este volumen, titulado *Partecipación y causalidad*. La obra proyecta una intensa luz sobre puntos fundamentales de la metafísica de Santo Tomás, al mismo tiempo que ayuda a situarla en la historia general del pensamiento filosófico. Con esta publicación, Fabro habrá contribuido a precipitar y, de alguna manera, a hacer llegar a su culminación el movimiento de renovación de la metafísica tomista.

Muchos tendían a pensar que, en este campo, ya no se podía realizar ningún progreso, al menos en el nivel de los principios. Sin duda, también se imaginaban que en materia filosófica, donde la precisión es de rigor, las mismas palabras revisten las mismas ideas en todas partes. Ciertamente eso es una ilusión. Y debemos destacar que, incluso y sobre todo, los términos más usuales, que son los más importantes, se emplean con acepciones que difieren de un autor a otro; por otra parte, en esto se manifiesta la diferencia fundamental de los sistemas; y también en esta línea debe situarse la fuente de su multiplicidad.

Para convencerse de ello, basta con buscar el sentido de las palabras más corrientes: tales como “ser”, “ente”. Poseen una importancia particular, tanto en la filosofía griega como en la de la Edad Media y en muchos sistemas de la época moderna y contemporánea. Así pues, sería erróneo creer que Parménides, Platón, Aristóteles, están de acuerdo sobre el sentido que debe ser atribuido a “τὸ ὄν”; igualmente, sería inexacto pretender que en San Buenaventura, Santo Tomás, Enrique de Gante, Juan Duns Escoto, *ens* y *esse* se emplean de la misma manera. En fin, sería ingenuo remitir al diccionario para establecer que *Sein*, en alemán, es la traducción literal de la palabra latina *esse*, y concluir de ello, sin más, que, valiéndose de esos términos, Hegel y Santo Tomás les atribuían exactamente el mismo alcance.

Las significaciones metafísicas no se constatan de la misma forma que las cosas físicas; deben ser objeto de una aprehensión intelectual, que no tiene la misma calidad en todos los pensadores, puesto que en todos no es igualmente penetrante y sustanciosa. Así, a lo largo de la historia, se ha hecho manifiesta una evolución en la manera filosófica de concebir el “ser” y, consecuentemente, en la manera de entender los problemas que dependen de él. Por tanto, ¿cómo sería posible que no se hubiera modificado el sentido preciso de la palabra “ser” de un filósofo a otro? ¿Cómo sería posible que no se hubiera producido un desplazamiento de sentido en el transcurso de los siglos?

Lorenz Fuetscher, el autor de *Akt und Potenz* —aparecido en 1933—, suareciano convencido y perspicaz, hacía notar que sobre el ser, punto de partida de la metafísica y punto de vista propio de esta disciplina, se encuentran en desacuerdo tomistas y suarecianos, y que, en consecuencia, salvo que lleguen a entenderse sobre ese punto, la discusión de toda otra cuestión, —naturalmente subsecuente—, debe ser considerada como estéril y ociosa. En el campo tomista surgió la misma convicción y se difundió poco a poco. En esta perspectiva, hace un cuarto de siglo que los pensadores se dedican a estudiar los escritos de Santo Tomás y a profundizar su doctrina, desde diversos ángulos. Al fin de cuentas, ¿cuál es la actitud fundamental del Doctor Angélico en materia metafísica? ¿En qué difiere esta actitud de la de sus predecesores y de la de sus contemporáneos?

Pronto se reconoció que la posición de Santo Tomás, en metafísica, es profundamente original. Lo es mucho más de lo que los tomistas están acostumbrados a decir. Es cierto que el Doctor Angélico se empapó de doctrinas de distintos orígenes: griego, latino, árabe, judío; pero, lejos de permanecer esclavo de sus fuentes, y de limitarse a ordenarlas en un sistema ecléctico, logró asimilarlas de una forma personal. Mientras se apoyaba en ellas, se liberó de ellas; tomando ayuda de la luz de esas doctrinas, concibió una metafísica que le es propia; y, en ella, todo el conjunto doctrinal, incluido el punto de vista formal, se encontró renovado. Desde ese momento, siendo sometidos a una nueva iluminación, tanto los problemas como las soluciones, encontraron en ella un sentido hasta ahora desconocido.

Algunos sostienen que, desde Platón, el estudio del ser se atascó, porque fue reducido completamente al estudio de la *quiddidad*. En cierto sentido, esta opinión podría defenderse, pero con la condición de que incluya al menos una reserva, ciertamente considerable: que no puede aplicarse a la doctrina de Santo Tomás. En efecto, ¿aún se pretende poner en duda que el Doctor Angélico haya establecido una distinción fundamental entre la esencia y el *esse*, o refutar que ante sus ojos la esencia es un principio potencial, mientras que el *esse* es un acto? Entonces, ¿cómo es posible asombrarse de que Santo Tomás conceda la primacía al acto primero, es decir, al *esse*?

En consecuencia, en la concepción tomista, el campo de aplicación de la teoría aristotélica del acto y la potencia se extiende mucho más allá del ámbito de las categorías, puesto que engloba el orden del *esse* en sí mismo; y justo por eso, la posición de Aristóteles se encuentra ampliamente superada. Pero, desde el momento en que el *esse* aparece como un auténtico acto, comienza a tomar aspecto de perfección, y Santo Tomás le aplica legítimamente la teoría platónica de la participación. Para hacerlo, el Doctor Angélico, esta vez, debió superar a Platón, porque le fue necesario considerar el *esse* –fuente absolutamente universal de participación– como irreductible a cualquier esencia, y situarlo más allá de toda idea *quidditativa*.

Tal como la concibe Santo Tomás, la esencia es nada más que el *modo* de ser, principio potencial que se remite, totalmente y por sí, al acto de ser. Ya no es la esencia (la idea *quidditativa*, la categoría), sino el ser quien lleva el principal acento metafísico, porque toda realidad definible participa del ser. El *esse*, la perfección más radical y más extendida, *perfectio omnium perfectionum*, debe ser considerado como el principio fundamental de toda realidad, y la fuente luminosa de toda inteligibilidad. La conclusión se impone: lejos de remitirse a alguna forma de esencialismo, el sistema de Santo Tomás más bien se le opone, puesto que se funda sobre una metafísica del *esse*, en el más estricto sentido del término.

¿Nunca perdió de vista la escuela tomista esa inspiración profunda de la doctrina de su maestro? Parece difícil responder con una negación categórica. Independientemente de cuál sea esa respuesta, el tomismo actual toma una conciencia cada vez más clara de la significación y de las exigencias fundamentales de la filosofía del Doctor Angélico. No hay inconveniente en ver en ella el signo de una robusta salud intelectual y de un gran vigor filosófico.

Esta situación favorable es el fruto de un vasto movimiento de investigación histórica y de reflexión filosófica, con el cual Fabro colabora de la manera más eficaz. En más de un aspecto ha realizado en él la obra de un pionero.

Ser, participación, causalidad: otros tantos temas que le son familiares, y que lo condujeron hasta el corazón del problema metafísico. Su ambición es comprender mejor que la estructura íntima de los seres se constituye y se mantiene sólo en la dependencia total e incondicional que caracteriza toda participación en el Ser absolutamente puro, la Causa creadora.

Fabro es merecedor de nuestras felicitaciones más sinceras y de todo nuestro reconocimiento por la obra magistral con la que nos ha gratificado.

Lovaina, 10 de noviembre de 1958.

Louis De Raeymaeker

*Presidente del Instituto Superior de Filosofía
en la Universidad de Lovaina*